

RECENSIONES

JAVIER CORCUERA ATIENZA: *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco. 1876-1904*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1980; 610 págs.

Javier Corcuera se ha enfrentado en este libro con el estudio de la génesis y primer desarrollo del nacionalismo vasco. Aparecido el libro con posterioridad al de J. J. Solozábal y prácticamente al tiempo de los de Elorza y López Adán, viene a formar, juntamente con los trabajos de estos autores, el núcleo fundamental del estudio actual de la cuestión.

Corcuera ordena su trabajo en cinco grandes apartados: los condicionantes históricos inmediatamente anteriores al surgimiento del nacionalismo sabiniano, la consideración del impacto de la industrialización y la crisis posterior a la abolición foral, el inicio de la protesta sabiniana y su primera actividad, la exposición sistemática de la obra de Sabino Arana, y la organización y primera expansión del nacionalismo vasco.

El primer objetivo es cubierto mediante una exposición sintética de la tradicional mitificación del régimen foral, la descripción del proceso de castellanización de las clases dominantes como consecuencia de su natural y voluntaria integración en la vida española y los antecedentes y significado de las guerras carlistas. En este capítulo acaso sea observable una no suficiente valoración del conflicto entre burguesía mercantil y oligarquía foral a propósito fundamentalmente del tema de las aduanas: la inflexibilidad de la oligarquía controladora del régimen foral en cuanto a las aspiraciones reformistas respecto al fuero de esa burguesía, es posiblemente un elemento básico para explicar el despegue de la misma del tema foral, creando el ambiente propicio a la solución finalmente puesta en práctica. Por lo que hace a las observaciones en torno al significado de las guerras carlistas, resulta especialmente interesante la llamada de atención sobre el carácter instrumental de la utilización de los fueros por el carlismo (el autor no utiliza, sin embargo, los interesantes trabajos al respecto de Carlos Seco) y el carácter mítico de la interpretación de las guerras carlistas como guerras nacionales en base a los escritos de Chaho, sin negar por ello la identificación que en algunos sectores de la vida vasca y española se va a hacer entre lo carlista y lo vasco. Simplificación por cierto que adelanta la iden-

tificación que andando el tiempo se habrá de hacer, tanto en el País Vasco como en el resto de España, entre nacionalismo y realidad vasca.

El segundo capítulo tiene en mi opinión un muy especial interés: en él se ofrece una valoración pausada y justificada del impacto real de la crisis foral en la vida política vasca. Más allá del trauma inicial, el estudio de Corcuera sobre las distintas posiciones políticas respecto al tema y del impacto de la Unión Vasco-Navarra de Sagarmínaga, nos ofrece una visión mucho menos catastrofista en torno al significado de esa crisis foral de lo que la más reciente historiografía sobre el tema y por supuesto la historiografía nacionalista nos tenía acostumbrados. «En cierto sentido, escribe Corcuera, la historia del fuerismo intransigente vizcaíno, la historia de los defensores de la Unión Vasco-Navarra, es la historia de un fracaso político que se inicia con la derrota en las elecciones a Cortes de 1879, prosigue en las de los diputados provinciales de 1880 y se consagra cuando en 1881 al abandonar la transigencia su equívoca calificación de "fuerista" para integrarse en los partidos turnantes, el grupo de Sagarmínaga queda reducido a los miembros de la Sociedad Euskalerría de Bilbao.»

Los capítulos tercero y quinto se consagran al estudio del personaje carismático que habría de presidir el surgimiento del primer nacionalismo euskaldún durante y después de su vida, Sabino Arana. La biografía intelectual y la inevitablemente fatigosa exposición de sus ideas, es hecha de modo sistemático y ordenado, con un mínimo de concesiones ambientales al hombre que quizás con un menor bagaje de conocimientos de mínima solidez ha influido más en la vida intelectual de un significativo sector de la cultura y la política de la España contemporánea. El autodidactismo y el casticismo vasquista de Arana, salvo en materia religiosa, explican bien su éxito en la exposición sistemática de todos los tópicos históricos del tradicionalismo vasco, adornados con un racismo, llamémosle «primitivo», al servicio de todos los desplazados por la modernización económica y social que impone la súbita industrialización de Vizcaya. Andando el tiempo, la predicación nacionalista podrá encontrar otros destinatarios y servir a otros intereses. Pero los rasgos ideológicos sabinianos permanecerán siempre impregnando al movimiento nacionalista.

El capítulo cuarto está dedicado al estudio del marco político en que se desarrolla la primera divulgación sabiniana y en él se estudian las principales fuerzas políticas de Vizcaya de fin de siglo. En él se plantea, en mayor medida que en el resto del libro, la en mi opinión más discutible tesis del libro: el significado político de los euskalerríacos y la integración a través de ellos de sectores significativos de la burguesía no monopolista de Vizcaya en el nacionalismo a partir de 1898. Luego hablaremos de ello.

El último y sexto capítulo se consagra al estudio de la organización y primera expansión del nacionalismo. Se trata otra vez de un espléndido trabajo en el que se sigue paso a paso el desenvolvimiento del movimiento hasta la muerte de Sabino Arana en 1903. En este capítulo se estudia con detenimiento la polémica cuestión del giro españolista del patriarca del nacionalismo vasco. Y en su estudio, el autor evidencia a mi entender una cierta contradicción entre la tentación de utilizar este hecho en confirmación de su tesis sobre la creciente influencia de la burguesía no monopolista supuestamente representada por los euskalerríacos y la interpretación del giro españolista como una maniobra de «alta estrategia» de Arana. Corcuera presenta los elementos para entender del segundo modo esta sorprendente transformación aranista a la que en cualquier caso cuadraría mejor una explicación en función de la simple y llana locura que la ingenua creencia en una transformación «regionalista» del líder independentista vasco. Arana quería la plena legalización nacionalista para la mayor eficacia de su lucha independentista y estaba dispuesto para ello a cualquier tipo de concesión táctica; esto es coherente con las palabras que escribe en el manuscrito inédito dado a la publicidad por el propio Corcuera: «He creído llegado el momento oportuno de simular una retirada en toda regla, para engrosar nuestras filas, combatir a mansalva... Este movimiento parece de defensa; es de ataque. El enemigo no podrá concebirlo, así que el plan comience a realizarse.» Sus vacilaciones, lentitud y dudas en el giro «españolista», su llamada a la plena confianza en él, confirman la coherencia de interpretar el giro como una arriesgada y posiblemente alocada maniobra política que Arana al fin no decidió llevar a la práctica.

Tras la muerte de Sabino Arana, los nacionalistas encontrarían la feliz solución a la duda entre la franca reivindicación de independencia y el temor a la ilegalidad: el restablecimiento foral pleno. Si, de acuerdo con las tesis de Sabino Arana, argumentan sus herederos, Vizcaya y los demás territorios vascos eran independientes hasta 1839, bastará pedir la anulación de la legislación derogatoria del régimen foral (pretensión en sí misma legal) para que esa independencia se produzca. Esta es la filosofía del restablecimiento foral pleno nunca entendida correctamente en todo su alcance, ni en el País Vasco ni fuera del País Vasco, sino por los propios nacionalistas sabinianos.

Dicho lo anterior, es momento de plantear el en mi opinión punto más débil del valioso trabajo de Corcuera: el componente burgués industrial de carácter antioligárquico y antimonopolista que en fecha tan temprana como los últimos años del XIX se incorporará, según el autor, al nacionalismo vasco por vía de los euskalerríacos.

A un nivel general, creo que esta preocupación de Corcuera por buscar

una base burguesa moderna al nacionalismo euskaldún arranca de un limitado estudio del fenómeno nacionalista a nivel general. Esta limitación en el estudio del nacionalismo europeo, contrastando con el impresionante trabajo de investigación en torno al vasco, fuerza al autor a buscar unas raíces burguesas modernas al nacionalismo vasco del mismo modo, viene a decir, que existen esas raíces en otros movimientos europeos del mismo signo. El nacionalismo de base culturalista y etnicista en que se inscribe el vasco no supone sin embargo este tipo de sustento social. El nacionalismo belga y de alguna manera el catalán, son menos frecuentes en la Europa de la segunda mitad del XIX que el polaco, el húngaro, el rumano o el serbio (con algunas matizaciones en estos dos casos) y hasta cierto punto el propio nacionalismo cultural alemán. Los riesgos de la modernización económica que amenazan disolver algunos de los rasgos más valiosos de la cultura específica, el proceso de urbanización liquidador de un mundo campesino idealizado, el desplazamiento de oligarquías y aristocracias tradicionales por la industrialización, son factores todos ellos con suficiente fuerza explicativa *per se* para dar cuenta de una protesta nacionalista como la que Sabino Arana encabeza en el País Vasco. Pero además de no ser indispensable ese componente burgués industrial para el surgimiento y desarrollo de un movimiento nacionalista, nada hace pensar, ni Corcuera da pruebas de ello, que existiese en el País Vasco con anterioridad a 1903.

El nombre de Ramón de la Sota y Llano adquiere en la argumentación de Corcuera un valor mítico como expresión de esa burguesía moderna y no oligárquica que habrá de convertirse en el sostén «natural» del nacionalismo en colaboración con el genuino nacionalismo sabiniano. Así, habla el autor de un no despreciable número de navieros que se aproximan al nacionalismo vasco «... centrados fundamentalmente en la figura de don Ramón de la Sota y Llano» (pág. 62) sin dar más nombres. En la página 134 vuelve a insistir en el refrendo real o potencial de una burguesía moderna a la sociedad Euskalerría y en la página siguiente concreta ese sector de la burguesía no oligárquica en la fracción encabezada por Ramón de la Sota. En la página 142, y a la hora de citar algunos nombres representativos de esa burguesía industrial no oligárquica vuelve a aparecer el nombre de De la Sota, juntamente con los de Sagarmínaga, Yarza y Bergé, personas estas últimas, especialmente Sagarmínaga y Yarza, como reconoce el autor, más identificables como propietarios de tierras. Las citas en este sentido podrían multiplicarse.

El primer problema a dilucidar sería el del significado económico de Ramón de la Sota, inspirador fundamental de la aproximación de los euskalerríacos a Sabino Arana. De acuerdo con los datos ofrecidos por Fernando

García Cortázar en su sumamente interesante trabajo sobre la oligarquía económica vizcaína a comienzos del xx, De la Sota constituye un claro exponente de la misma, siendo su única originalidad un cierto retraso en el acceso a esta condición oligárquica en relación a los Chávarri, Zubiría, Martínez Rivas, Ibarra, etc. En un sentido riguroso, De la Sota no es solamente un industrial naviero; su inserción en el mundo de la oligarquía se evidencia en su participación en la explotación minera (Setares), en el mundo bancario (Banco de Comercio) y en el de los seguros (La Polar). Ello se compagina por supuesto con su actividad en el sector naviero y con sus inversiones en otros puntos de España (Sierra Menara por ejemplo). La más elemental lectura de estos datos lleva al convencimiento de que la cabeza animadora y más representativa del supuesto sector antimonopolista y antioligárquico de la burguesía industrial vizcaína, no tiene nada que ver con el mismo.

Aunque el autor evita presentar a los euskalerríacos como la representación exclusiva de esta burguesía industrial no oligárquica, hay una no justificada y permanente tentación de primar su importancia en este sentido. Convertir a los partidos turnantes en exclusivos representantes de la oligarquía y expresión política de «La Piña» es algo poco razonable; nada hace pensar que la mayoritaria adscripción liberal de la burguesía vizcaína con anterioridad a 1876 no se refleje en la fidelidad a los partidos dinásticos con posterioridad a esa fecha en un porcentaje significativo. De hecho contamos con la prueba de que los intentos más fructíferos en la lucha contra el monopolio político de la oligarquía provienen de sectores agrupados en torno al maurismo vizcaíno en la década de los años diez. Al margen de los partidos dinásticos, los republicanos y hasta carlistas e integristas comparten la representación de una burguesía industrial no oligárquica.

El rigor y la información de Corcuera le obligan a matizar su hipótesis general cuando se plantea la consideración de la base social del sector «moderno» que se suma al nacionalismo sabiniano en un primer momento. Rechaza la simplificada visión de Larronde y prefiere, de acuerdo con la opinión de García Venero, identificar a estos euskalerríacos como «jauntxos» cuyo poder político sigue derivando en lo fundamental de su propiedad agraria y las fidelidades de sus arrendatarios. Cuando a finales de siglo se hace más compleja la base social de los miembros de la sociedad Euskalerría, un sector significativo se incorpora a los partidos dinásticos, otro a los integristas y solamente un sector se orienta al nacionalismo. Pero lo que desde luego está por demostrar es que la fracción filonacionalista de la sociedad Euskalerría encabezada por Sota represente, de modo mínimamente significativo, a la burguesía industrial antimonopolista y antioligárquica. En

definitiva, mi impresión es que el autor adelanta acontecimientos de la posterior historia del nacionalismo vasco con los riesgos que ello comporta para la comprensión del movimiento nacionalista a lo largo del siglo xx.

El libro de Corcuera merecería algunas consideraciones más; se podría matizar la tópica afirmación sobre la ausencia de un marco teórico en el socialismo de finales de siglo para la comprensión del hecho nacional, como podría discutirse el alcance clasista o racista del antimarketismo, por citar algunos temas del polémico capítulo IV. Pero en cualquier caso, y resulta quizá innecesario decirlo, hay que subrayar el impresionante trabajo acumulado en las páginas de este sumamente inteligente libro que para satisfacción de los interesados en el tema, el autor anuncia tendrá una futura continuación con el estudio del nacionalismo vasco en el siglo xx.

Andrés de Blas Guerrero

ANDRÉ GLUCKSMANN: *La cocinera y el devorador de hombres*. Ed. Madragora, Barcelona, 1977; 210 págs.

Más de seis décadas después de que los bolcheviques tomaran el poder en octubre de 1917, y se implantara en Rusia el primer régimen inspirado en el pensamiento de Carlos Marx, la revolución y el sistema que le sucedió sigue siendo tema de aceradas críticas incluso, en el campo marxista.

Ya en la segunda década del siglo Rosa Luxemburgo señalaba el aspecto poco marxista de la noción de dictadura del proletariado en su versión leninista. Versión que ha predominado hasta recientemente en el movimiento obrero de Europa occidental.

A las críticas formuladas por Rosa Luxemburgo siguieron luego las de León Trotski, quien consideraba al estalinismo como una degeneración del pensamiento de Lenin. También el historiador Isaac Deutscher que en 1928 rompería con el comunismo, pese a que durante toda su vida se mantuvo fiel a cierto tipo de marxismo, formuló duros juicios sobre la patria de proletariado, y ya más cerca de nosotros, Herbert Marcuse, en *El marxismo soviético* ha revelado como nadie el carácter alienante y opresivo de la sociedad soviética.

Sin embargo, cabe destacar, pues aquí radica el valor y la originalidad del trabajo que nos ocupa: *La cocinera y el devorador de hombres*, que el marxismo salía blanco de los autores citados. Condenaban éstos al estalinismo y ciertos aspectos del leninismo, pero no se había cuestionado al marxismo. Mientras que la tesis central de Glucksmann sostiene que el estalinismo tiene su origen en el propio pensamiento de Marx.

Al margen de la especificidad marxista o no del Estado soviético y de si, en la Rusia de 1917 se daban las condiciones objetivas para sentar las bases de un régimen socialista, la obra de Glucksmann nos brinda una serie de reflexiones oportunas sobre las estructuras y la capacidad represiva de la actual sociedad soviética, que distan con mucho, del ideal socialista del que se reclama el Estado soviético.

Sólo tras la muerte de Stalin y la denuncia que de sus crímenes hizo Jruschov, así como de la aparición en el escenario internacional de China como potencia socialista que cuestionaba la autoridad de Moscú, se empezaron a formular en la izquierda ciertas críticas a la política oficial y a la realidad soviética, sin correr el riesgo de verse tachado de agente de la reacción.

Tal había sido el crédito que había despertado la revolución de octubre que quien no estaba con el Kremlin se situaba automáticamente frente a Moscú. Aún hoy, al formular ciertas reservas con respecto a la política o a la sociedad soviéticas, los intelectuales de izquierdas, víctimas de cierto complejo de culpa, se sienten en la obligación de denunciar al imperialismo yanqui o el régimen burgués de su propio país.

Desaparecido el autor del culto de la «personalidad», nada más cómodo y anticientífico que achacar a su megalomanía los errores que se habían cometido en la edificación del «socialismo». Cargándole el mochuelo al dictador muerto, los miembros del comité central, y por ende, el partido, salían limpios de toda culpa. Mas, ¿se daban cuenta que al actuar así, al atribuir a sólo un hombre la facultad de forjar el destino de un pueblo, estaban cuestionando la propia interpretación marxista de la historia y clave de bóveda sobre la que se basaba todo su sistema de valores? Hay más. Creemos que las propias estructuras de la Unión Soviética en donde el poder político determina la orientación económica de la sociedad ¿no son ya de por sí un serio cuestionamiento del pensamiento marxista?

Más de medio siglo después de su creación, el Estado soñado por Lenin, cuyas buenas intenciones no están puestas en duda aquí, cuyo funcionamiento sería tan rudimentario que incluso una cocinera tendría acceso a él, no es más que una gigantesca maquinaria burocrática que en lugar de decrecer, tal como Marx había predicho, crece con el transcurso del tiempo, sus atribuciones son cada vez mayores, y las cocineras siguen en sus puestos de trabajo: la cocina.

Glucksmann recuerda oportunamente que uno de los principios básicos del marxismo, hoy en el desván de los recuerdos, era precisamente la desaparición gradual del Estado. Tesis por lo demás desarrollada brillantemente por Lenin en *El Estado y la revolución* y que ha sido totalmente borrada

de los manuales marxistas oficiales, y echada en el más total de los olvidos de los programas de los partidos comunistas occidentales.

La revolución de octubre, viene a decir Glucksmann, edificó una supuesta sociedad socialista sobre una ficción: la creación de un Estado proletario, en un país en donde prácticamente no existía una clase trabajadora. Creó un capitalismo de Estado y se dio el nombre de socialista. Tal vez al partido de Lenin no le cupiera otra alternativa, pero el mayor reproche que se le puede hacer a la Unión Soviética es el haber subordinado el movimiento obrero de Europa a los intereses de una ficción socialista. Y el haber, con el estalinismo, desnaturalizado los principios básicos del socialismo: la justicia social y la libertad del individuo.

Hoy ya nadie niega el carácter opresivo del estalinismo, y en parte se sostiene que éste fue una consecuencia lógica del leninismo, quedaba por demostrar que el origen de esa «degeneración burocrática» tenía su origen en el propio Marx, lo que trata de hacer Glucksmann en la polémica obra que nos ocupa.

No estará de más traer a colación algunos datos concretos. Fue en vida de Vladimiro Ilich, en el Décimo Congreso del Partido Comunista, cuando se acordó eliminar a todas las fuerzas políticas de la oposición, desde los liberales hasta los anarquistas, pasando por los socialistas revolucionarios, partido mayoritario y los mencheviques, y fue en vida de Lenin cuando se aplastó la rebelión de Kronstadt de carácter netamente izquierdista en la que participaron numerosos militantes comunistas, y se terminó a punta de bayoneta con las experiencias colectivistas que las tropas de Mackno llevaban a cabo en Ucrania.

Eliminada la oposición del exterior, Stalin se encargaría de aplastar cualquier brote de rebeldía en las propias filas del partido. A la muerte de Lenin, estaban, por consiguiente, dadas las «condiciones objetivas» para que el Partido Comunista impusiera la dictadura a la nación, que el Comité Central la impusiera al partido y que el secretario general la impusiera al Comité Central.

Los dirigentes bolcheviques trataron de edificar una sociedad socialista sin libertad, y cuando ésta falta fácilmente se instaura la arbitrariedad más completa. Y sabemos que sin libertad no hay justicia posible.

La lectura del ensayo de Glucksmann, veterano militante de la izquierda francesa, pone de nuevo sobre el tapete la necesidad insoslayable de reivindicar esos principios que para algunos tal vez parezcan elementales, pero sin los cuales no hay justicia ni socialismo posibles.

Luis Pasamar Delgado

J.-P. COT y J.-P. MOUNIER: *Sociología política*. Colección Leviatán. Ed. Blume, Barcelona, 1978; 376 págs.

La obra, tal y como se presenta, parece anunciar un verdadero alegato en favor de una aprehensión rigurosa del fenómeno político, y en favor de una sociología política mal asentada aún sobre sus bases. Cot y Mounier, profesores del Departamento de Ciencia Política de la Sorbona (París, I), escapan a la tentación de exhaustividad y a la trampa de la compilación erudita; su única pretensión consiste en iniciar al lector en los rudimentos de la sociología política, introduciéndolo en los diversos campos y en las diversas teorías que abarca la disciplina, que se completa, en la edición original francesa, con una simple y sólida bibliografía, lamentablemente olvidada en la presente edición española.

El libro debe situarse dentro de una corriente de renovación de la sociología política en Francia, que ha pasado por diversos momentos desde la progresiva consolidación de la sociología como ciencia autónoma.

Maurice Duverger, a través de varias de sus obras, inicia una corriente de reflexión sociológica de los fenómenos políticos en general, y abre la vía de una sociología comparada de las instituciones políticas —distinta de la visión constitucional de otros autores franceses (Hauriou, Vedel...)— introduciendo en algunos casos, como en su clásico estudio sobre los partidos políticos, las aportaciones de otras corrientes de investigación alejadas del enfoque jurídico y próximas a la Ciencia Política americana.

Mucho más ligada a la aportación americana, se halla la *Sociologie politique* de R. G. Schwartzberg, obra ésta que aborda todos los problemas teóricos y prácticos que preocupan a la ciencia política, introduciendo ampliamente el análisis sistémico, el funcionalismo y el análisis de la comunicación política. En una línea concurrente, pero en el análisis del poder político, se encuentra la reflexión desarrollada por Pierre Birnbaum, influenciada en gran medida por el elitismo pluralista americano.

En este panorama, la obra de Cot y Mounier, pretende realizar un balance del camino recorrido, con una valoración más positiva de la tradición y aportaciones francesas, y una posición más crítico-valorativa de las diferentes tendencias americanas, para relanzar, a partir de esta reflexión, una visión renovadora de la sociología política, voluntariamente asimilada a la ciencia política, como tradicionalmente, y por su apertura a todos los campos que abarca dicha ciencia, vienen realizando la casi totalidad de autores franceses.

Del conjunto homogéneo que se nos presenta en la obra deben destacarse

dos aspectos esenciales para su comprensión. En primer lugar, de la voluntad de «anclar la sociología política a la sociología general» —que si bien no justifica, en nuestra opinión, el largo preliminar sobre la sociología general, su reflexión y su método, es el mínimo reproche que se le puede hacer— surge la alternativa a la diversidad de aproximaciones o diversidad de tratamiento de los fenómenos políticos, al señalar la unidad de los principios epistemológicos que han hecho posible la realización de la sociología como ciencia. A lo largo de toda la obra, Marx, Durkheim y Weber se contemplan como tres planos distintos de aproximación a un objeto común, mediante la utilización del mismo método sociológico. Los tres autores constituyen el elemento de contraste, el punto de referencia, en la exposición de las diversas aproximaciones del análisis político. La utilización que Cot y Mounier realizan de los tres autores, tiende al doble objetivo de ofrecer, por un lado, una mejor comprensión de los avances fundamentales que —simbolizados por dichos autores— ha realizado la investigación sociológica en general y la sociología o ciencia política en particular, y por otro, dotar de una línea coherente al conjunto de la reflexión sociológica que se aborda en la obra.

El segundo aspecto que se destaca en el libro hace referencia a su toma de posición frente a la variedad de los métodos de análisis de los fenómenos políticos, mediante la exposición y asunción de los conceptos de sobredeterminación y determinación en última instancia y de la noción de autonomía relativa del sistema político, como definidora de las relaciones entre lo político y la sociedad. Esta noción, que cierra el capítulo preliminar dedicado a la sociología general, concluye igualmente la obra, al señalar los autores la especificidad del sistema político, la especialización de las estructuras políticas y la relación entre sistema político y clase dominante. «La noción de autonomía relativa del sistema político —señalan Cot y Mounier—, si bien no aporta todas las respuestas a los problemas planteados por el análisis de los fenómenos políticos, permite comprender mejor la relación entre la realidad económica y social y su expresión política. Lo que constituye, sin duda, un problema central para la sociología política» (pág. 376).

La coincidencia entre sociología y ciencia política, destacada por los autores, les conduce a una reproducción de las diversas corrientes que atraviesan a la sociología general, en lo que constituye el núcleo central de la obra. Partiendo de la inexistencia de «una» sociología política, se proponen hacer un inventario crítico de las tradiciones teóricas y de las tentativas de construcción parcial de la disciplina. En esta perspectiva, se aborda en primer lugar el estudio del sistema político, mediante una aproximación a los análisis sobre la estructura de los partidos políticos y a la sociología elec-

toral, para señalar, a continuación, las aportaciones del análisis sistemático y del estructuralismo al intento de superar el problema que plantea la relación sistema político-sociedad global, y concluir con una exposición de los tipos de autoridad que Max Weber utiliza para el estudio de los fenómenos políticos.

El capítulo dedicado a los estudios sobre la estructura de los partidos políticos, limita el conocimiento del estado de la cuestión a las aportaciones de los autores del área francesa, sin introducir ninguna de las investigaciones que en este campo se han realizado en los demás países. Algo parecido ocurre con la exposición de los estudios de sociología electoral, limitada a los trabajos desarrollados dentro de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, aunque, en este caso, se concluye con una descripción de las técnicas del análisis factorial, del análisis de regresión y del método tipológico, a modo de síntesis de las más recientes técnicas utilizadas en este terreno.

Un mayor contenido crítico-valorativo hallamos en las exposiciones del análisis sistémico y del estructuralismo. Tanto el método como el modelo elaborados por Easton, en su intento de resituar el sistema político en la sociedad global, conducen a Cot y Mounier a la afirmación de que el análisis sistémico no permite comprender los problemas fundamentales del análisis político. De forma parecida, el estructuralismo, útil para determinados aspectos parciales, no contribuye a la comprensión global del sistema político. El contraste, desde el punto de vista metodológico y práctico del análisis de la realidad política, se ejemplifica con la exposición de los tipos de autoridad de Weber.

Las carencias del análisis sistémico y del estructuralismo lleva a los autores al examen de las funciones políticas. Las imperfecciones del funcionalismo utilizado por Almond y sus colaboradores, así como la noción y contenido de su «cultura cívica», son contrastadas por los profesores franceses, con las perspectivas sociológicas de Marx, Durkheim y Weber, y con las aportaciones de los diversos autores que, en esta misma línea, han contribuido a clarificar la relación entre cultura política e ideología dominante.

Cot y Mounier destacan, en este sentido, el planteamiento a que ha conducido el análisis funcional de una nueva problemática sociológica: la socialización política, mediante la cual se intenta asegurar la reproducción permanente del sistema político, actuando como un mecanismo de estabilización.

Esta conclusión del estudio de las funciones políticas nos introduce en el análisis de la dinámica política y, por tanto, en el planteamiento de las relaciones entre estructura socioeconómica y acción política, que constituye el último apartado de la obra. Partiendo de la teoría del reflejo, que deter-

minadas concepciones marxistas han llevado a sus últimas consecuencias, y contraponiéndole las teorías que destacan la primacía de lo político, los autores concluyen —como ya hemos señalado antes— aportando su visión en favor de la noción de autonomía relativa del sistema político.

Cabe destacar que en la exposición que Cot y Mounier realizan de las teorías elitistas, no queda clara la separación que introducen otros autores, entre una teoría elitista que no atribuye un sitio específico a lo político —representada esencialmente por Pareto y W. Mills— y otra, calificada como teoría elitista pluralista o democrática, que tiende precisamente hacia una autonomía de lo político, y que estaría representada básicamente por Mosca, Schumpeter y R. Dahl.

La obra, pues, encuentra toda su coherencia de conjunto al concluir la progresión explicativa realizada por los profesores franceses, desde una perspectiva que combina, con mayor o menos fortuna según los casos, la descripción y la valoración crítica del conjunto de autores, métodos y modelos que más han influenciado en los últimos decenios la investigación politológica. Las lagunas, que en algún momento pueden encontrarse, deben atribuirse, a nuestro modo de ver, a una voluntaria falta de profundidad de una obra que no se pretende totalizadora ni exhaustiva, sino introductoria.

La valoración global de la obra de los profesores Cot y Mounier la situaría en un lugar destacado dentro de los manuales de iniciación a la ciencia política contemporánea, tanto por la síntesis que en ella se realiza de las principales escuelas, teorías y aportaciones al terreno de la investigación política, como por el enfoque renovador que la obra representa, dentro del conjunto de la sociología o ciencia política francesa y de su área de influencia.

J. Marcet Morera

EDUARDO FREI: *América Latina: opción y esperanza*. Editorial Pomaire, Barcelona, 1977.

La situación política y económica en América Latina a fines de la década del setenta no puede ser más dramática. Regímenes democráticos sólo existen en tres países, en tanto que dictaduras militares o regímenes autoritarios se extienden desde Centroamérica al extremo sur del continente americano. Este «nuevo militarismo» ha establecido mecanismos de dominación y control político sin precedentes en la región. El terror y la represión son un elemento central a éstos y no es una causalidad que sea en estos años

cuando el tema de los Derechos Humanos ha adquirido una vigencia continental, preocupando a la OEA, a la reunión de obispos de la Iglesia Católica en Puebla en febrero de este año y a diversas organizaciones internacionales encargadas de la defensa de los Derechos Humanos. El asesinato de líderes de la oposición es un fenómeno que ocurre en las dictaduras centroamericanas (Nicaragua, por ejemplo), así como también en las del extremo sur, incluso efectuado en territorio extranjero. El caso de Chile es particularmente dramático; la diáspora de centenares de miles de chilenos en decenas de países es quizá la muestra más patética de esta situación.

Los regímenes autoritarios han puesto en marcha políticas económicas que, hasta el momento, han empeorado las condiciones de vida del pueblo. Un estudio de la CEPAL, dirigido por Sergio Molina, ex ministro de Hacienda de Chile (1964-67), ha llamado la atención sobre el aumento cualitativo y cuantitativo de la pobreza en América Latina: hoy hay más pobres que antes y la distancia entre ricos y pobres aumenta progresivamente. América Latina vive momentos particularmente difíciles, que pueden conducir a una explosión social de proyecciones políticas inimaginables. Todo pareciera indicar que la década del ochenta puede ser tan oscura y amarga como la que está finalizando.

El ex Presidente de Chile (1964-70) y uno de los líderes más destacados de la Democracia Cristiana en América Latina, Eduardo Frei, ha publicado un libro que debe considerarse como el más importante de su larga y prolífera vida política e intelectual. *América Latina: opción y esperanza* es un análisis serio y valioso de la actual crisis política y social de América Latina, por una pluma particularmente interesante: Eduardo Frei ha sido uno de los pocos líderes demócratas de la región que ha practicado la política por cerca de medio siglo, junto a un análisis científico de los problemas económicos, políticos y sociales. Siendo Frei en la actualidad miembro de la «Comisión Brandt» encargada de estudiar posibles alternativas de solución a los problemas económicos entre el «Norte y el Sur», el libro contiene interesantes observaciones sobre el nuevo orden económico internacional, así como también del rol de Estados Unidos y Europa. El análisis de Frei incluye observaciones sobre el caso particular de Chile, tanto en cuanto a los antecedentes del régimen militar del general Pinochet, cuanto también a la crítica radical a éste. Tratándose de Frei, que sin duda es una de las figuras más importantes de la política democrática en América Latina y la figura más destacada de la oposición chilena, el libro tiene una importancia innegable.

El libro consta de tres partes: humanismo y democracia, Latinoamérica en la encrucijada y un proyecto histórico. En verdad, el libro tiene un

objetivo central: formular una alternativa democrática para América Latina, a partir de un diagnóstico integral de los problemas más candentes de la región. Frei, en verdad, ha destinado buena parte de su prolifera obra analítica, extendida en una decena de libros y en múltiples ensayos y discursos, al problema de la democracia en América Latina. Frei fue uno de los tantos jóvenes chilenos que entraron a la Universidad y a la vida política cuando Chile estaba bajo la dictadura de Ibáñez (1927-31). El, junto a tantos otros jóvenes brillantes de esa generación —Bernardo Leighton, Tomic, Ignacio Palma—, abandonaría más tarde el Partido Conservador y comenzarían en 1938 el proyecto político que les llevaría a constituir el Partido Demócrata Cristiano veinte años más tarde y, a la Presidencia de la República, en 1964, con Eduardo Frei. Esa generación, además, surge a la vida política cuando Europa estaba dominada por el totalitarismo y el fantasma de la guerra mundial se extendía rápidamente. Dictadura en Chile, fascismo en Europa, miseria e injusticia social en América Latina, son las condiciones de la generación de Frei. Para ellos, la democracia no será sólo un problema político, sino social y económico también. El cambio estructural será un componente medular en su proyecto político.

El diagnóstico de Frei contiene diversos puntos recurrentes con anteriores ensayos y libros. En verdad, la situación política y económica de la región no ha mejorado. La dependencia respecto de Estados Unidos, por ejemplo, es tan patente como en los años cincuenta, cuando Frei postulaba una vinculación «digna» con los Estados Unidos, sin confrontaciones, ni «entreguismos» (*Pensamiento y acción*, 1957). Sin embargo, Frei va más allá y como miembro latinoamericano de la Comisión Norte-Sur afirma ahora que «la economía mercantil y la sociedad de consumo han conducido a una explotación de los países subdesarrollados a veces tan intensa como en la época colonial y tiende a agotar las reservas mismas de que éstos disponen para vivir o sobrevivir» (pág. 55). De allí que «la existencia del fenómeno de la dependencia es un hecho innegable», pero ello no puede negar la realidad que se vive en un mundo «progresivamente interdependiente». Sin embargo, añade Frei, «es inevitable que los centros más poderosos tengan un ascendiente preponderante sobre los países en desarrollo. Así lo fue en el pasado y lo será en el próximo futuro, ya sea en un ámbito capitalista o socialista, o en cualquier otro que pueda surgir. Su efecto es comparable con una ley de gravitación física» (págs. 166-67).

Como ex Presidente, como líder de la Democracia Cristiana mundial y como miembro de la Comisión Brandt, el análisis crítico de las democracias occidentales es contundente y no deja ámbito a ambigüedades. En efecto, «la crisis no es sólo económica o política, sino que se representa

también en los valores básicos que constituyen el cuadro fundamental del consenso que hace posible el funcionamiento normal del sistema» (pág. 33). Más adelante, Frei es tajante al afirmar que «del área occidental no brotan los ejemplos ni las ideas creadoras que sean capaces de engendrar una nueva civilización. Ellos formulan críticas a la sociedad colectivista; pero también observan las llagas que están corrompiendo a muchas democracias» (pág. 47). «Las democracias, carentes de un mensaje en este contexto, aparecen débiles y sin proyección, sin fe en sí mismas para vislumbrar un futuro, y a veces ni siquiera para sobrevivir. Y como si esto no fuera de por sí desilusionante, es frecuente que en los medios pensantes y de gobierno de las grandes potencias democráticas, en forma cautelosa, pero no menos explícita, se escuche opinar que la libertad y la democracia no son factibles en pueblos que no han logrado determinados niveles culturales y económicos, y encuentran excusable, y aún razonable, que allí la libertad sea reprimida, al menos "temporalmente"» (pág. 48).

La crítica a las democracias occidentales no elude una crítica igualmente categórica a las democracias «populares» y a los partidos marxistas. Nadie puede negar que Marx hizo «aportes que sería inútil desconocer» (pág. 30), pero la capacidad analítica y práctica del marxismo hoy día está «sobrepasada». Frei admite, como fue reiteradamente planteado en sus trabajos anteriores, que el atractivo del marxismo en el Tercer Mundo se debe a que sus «pueblos sienten de manera más directa el impacto de la pobreza y también de la injusticia, y en su desesperanza buscan con la mayor ansiedad nuevas formas de vida, cualesquiera que ellas sean» (página 86). Frei añade que el anticomunismo derechista es un fundamento de los regímenes autoritarios: «con el pretexto de que existe un peligro inminente, que es el comunismo, exigen que todos se definan en este combate frontal. Cualquier persona que piense en forma diferente, es un enemigo; los partidos políticos, remanentes según ellos de la decadencia y corrupción de las democracias, son suprimidos, como también las organizaciones sociales auténticamente generadas desde la base del pueblo». «En definitiva, son regímenes defensivos que terminan por ligarse con grupos y clases minoritarias plutocráticas que se adhieren a ellos para protegerse e impedir los cambios sociales que miran con temor y como una amenaza a sus privilegios» (págs. 87-88). Ambos extremos coinciden en la práctica en suprimir la libertad y en reprimir la expresión de la voluntad política de las grandes mayorías nacionales, ya sea pretextando una clase o una doctrina (*La seguridad nacional*).

La crítica de Frei al marxismo y a la derecha constituye un prerrequisito de la tesis de la tercera alternativa, que la Democracia Cristiana lati-

noamericana ha tratado de diseñar e implementar en las últimas décadas. Si en un comienzo, tal tercera posición se fundamentaba en variables políticas internacionales e ideológicas, Frei tiene hoy un fundamento adicional: una política progresista que busque transformaciones estructurales de la sociedad y el estado a través de un proceso de cambio por etapas y acumulativo, recibe los embates de la derecha, que tiene miedo a perder sus privilegios, y de la izquierda marxista, que caracteriza estas transformaciones como «reformismo», «populismo» o como la «nueva cara del imperialismo». La experiencia de gobierno fue para Frei decisiva. Su política de cambios fue atacada por la derecha por «abrir las puertas al comunismo» y por la izquierda marxista, que la consideraba como servidora de los intereses del imperialismo. Pero dejemos la palabra al ex Presidente Frei: «En verdad, en estos últimos años algunos gobiernos democráticos de América Latina intentaron reformas que han conducido a positivos avances en el desarrollo económico y social. Estos pasos han sido reales y significativos y sus resultados se han podido apreciar. Sin embargo, muchas veces aquellas reformas fueron dificultadas y otras interrumpidas por la incomprensión o resistencia de los grupos de derecha, que no se resignan a perder posiciones y a aceptar regímenes que terminen con su predominio social, económico y político; pero también han sido obstaculizadas por el ataque implacable de los extremismos de izquierda, para los cuales, según han dicho, tenían "olor a reformismo" y no a "revolución". La impaciencia, llamada no sin cierta razón "infantilismo revolucionario" y demostración del ilusionismo político, termina siempre por encontrar lentos e insuficientes los esfuerzos realizados, mientras el otro extremo los considera exagerados y revolucionarios» (pág. 122).

El análisis de Frei tiene alusiones al caso de Chile, pero son menores, pues el caso chileno es una demostración de una cadena más larga, que afecta a partidos políticos que actúan en diversos países de América Latina. Su crítica al gobierno de la Unidad Popular (1970-73) es serio y mesurado, evitando dar argumentos a la dictadura chilena. «El error fundamental provino de no entender que la democracia chilena no era tan formal y llevaba el camino de ser muy verdadera a través de una evolución constante y en los últimos años acentuada» (pág. 184). Después de hacer un análisis de la evolución política y social de Chile en los últimos años, dentro del cual Frei coloca a su gobierno como una parte más de esta cadena, y no como el comienzo de la historia de Chile, concluye: «Sin embargo, aquel avance se juzgó con ligereza, irreflexión y dogmatismo. Frente a una democracia en ese grado de evolución, se lanzaron consignas revolucionarias incongruentes con la realidad que se vivía, y sin considerar los recursos ni

las posibilidades, se amenazó a diversos sectores y se derrochó un tan grande y precioso capital político, social y económico. En menos de tres años, la situación en todos los campos se hizo caótica. Podríamos decir que en este laboratorio se puso en evidencia a dónde llevan el abuso incontrolado de la libertad, los odios y temores recíprocos, un ideologismo infantil e inmaduro, la ruptura de toda base común de convivencia, y hacia su término, cómo el país se precipitó en un callejón sin salida» (pág. 185). Argentina también es citada por Frei en este mismo contexto, en el cual el maximalismo de izquierda tomó el camino de la violencia armada. Faltó añadir Uruguay, donde los Tupamaros siguieron el mismo camino que el MIR en Chile y los Montoneros en Argentina. Un análisis de las causas del maximalismo de izquierda y el método de la guerrilla y la violencia organizada no puede dejar de ver la influencia de la revolución cubana, que durante un tiempo elevó a la categoría de dogma la vía armada, que ella implementó en un contexto interno y externo enteramente diferente.

Dentro de este cuadro dramático de América Latina y Chile, Frei formula una alternativa. Más precisamente, Frei reformula la tesis de la tercera alternativa: un modelo de democracia social, amplia y fuerte, con justicia social, que no se mediatice por las amenazas de la derecha antidemocrática, o el maximalismo marxista. Tal tercera alternativa no necesita partir de cero: Maritain y el humanismo cristiano constituyen una base ineludible y de una actualidad que salta a la vista. Frei, refiriéndose a los regímenes autoritarios, señala que ellos «terminan casi siempre en formas más o menos desembozadas de neofascismos» (pág. 87). Estas «dictaduras ya no son las que se conocieron en el pasado (pues) han aprendido el uso de nuevas tecnologías que hacen más eficientes los sistemas de control y de opresión» (pág. 87). Maritain fue un pensador que denunció frontalmente la perversión y la inhumanidad de los totalitarismos y muy especialmente del fascismo. Maritain vuelve a constituirse en el punto de partida de esta tercera alternativa, renovada y moderna: «Maritain pensaba entonces (1939) que sólo un "esfuerzo heroico" podría contener "los demonios desatados" en nombre de la raza, de la clase, de los nacionalismos exacerbados. Estamos viendo, sin embargo, cómo arrecian hoy en unas y otras formas» (pág. 60).

«Una nueva sociedad —añade Frei—, libre y humana, sólo podrá fundarse sobre las bases de la fe, de la esperanza y del amor. Hombres sin fe, escépticos, no pueden engendrar nada estable; ni desarrollo, ni justicia, ni libertad, pues todo lo concebirán para vivir tan sólo su presente. Sin fe, tampoco hay esperanza, pero ninguna de las dos puede existir sin amor, y el amor tiene hoy una connotación muy clara: la no violencia, que va mucho más allá de los actos del terrorismo» (pág. 111).

Tal alternativa comienza con formular un nuevo modelo de democracia, que constata las nuevas necesidades políticas y económicas. Debe percibirse la aparición de «centros de poder que pretenden desbordar y controlar al Estado, ya sea desde el exterior —bástenos recordar para ello la existencia de diversas influencias de las grandes potencias y de las empresas multinacionales— o desde el interior por órganos financieros, de comunicación, de partidos, sindicales, etc.» (pág. 234). En el plano interno, se trata de evitar la emergencia de estos «nuevos feudalismos». La clave de ello no está entre un «estatismo centralizado y burocrático» y la disminución total del Estado, como lo plantean las nuevas dictaduras (pág. 235), sino en una concepción política en que el Estado «debe ser la culminación de una estructura social integrada por órganos con vitalidad y autonomía suficientes para asumir sus funciones» (pág. 236). El Estado debe ser capaz de compatibilizar la autoridad con la libertad sin debilidades, pero tampoco ajeno a toda tentación autoritaria o discriminatoria (pág. 240).

Tal modelo democrático debe implementarse en determinadas estructuras políticas. «Esencial a la democracia es el Parlamento, que es la entidad donde se expresan y debaten las opiniones sobre los problemas de orden general que afectan a la comunidad; donde se dictan las leyes y se ejerce vigilancia sobre los actos de los poderes públicos. Por ello es por lo que el Parlamento debe ser el representante directo de la ciudadanía.» Esto significa con entera claridad que «los Parlamentos corporativos no son órganos adecuados para cumplir aquella misión, porque los grupos funcionales tienen diferente razón de ser y finalidades e intereses propios» (pág. 241). Tal modelo democrático supone, además, una concepción de la administración de justicia (págs. 243 y sig.).

Los partidos políticos son una estructura clave en un sistema democrático. «Los partidos son para estas sociedades lo que el sistema nervioso es para el ser humano, en que cada órgano tiene su función, pero aquél transmite las reacciones y las respuestas que afectan a todo el organismo. Los partidos deben constituirse en los instrumentos de auscultación, coordinación, universalización, y de defensa de los intereses y aspiraciones de toda la comunidad. Deben ser, en definitiva, el nexo entre la participación de las bases ciudadanas y la toma de las decisiones» (pág. 245).

Uno de los problemas más difíciles es definir las relaciones entre el partido y el gobierno, cuando aquél asume el poder. La experiencia de Frei es, en este sentido, amarga. Buena parte de las dificultades de su gobierno se debieron a las dificultades en esta relación, en la cual se ha tendido unilateralmente a responsabilizar al gobierno y a Frei, sin una correspondiente autocrítica de quienes desde el partido plantearon críticas a

aquél. Los partidos políticos deberán, por tanto, modernizarse y readecuarse a las actuales circunstancias. Básicamente, se debe vivir en la práctica un sistema de partidos democráticos en su estructura y organización, que busquen grandes metas nacionales y luchen tenaz y desapasionadamente por la obtención de ellas (pág. 250).

Los partidos políticos sin utopías que los movilicen caen en un pragmatismo suicida, que los lleva a su autodestrucción. «Cuando esos partidos van quedando vacuos, sin principios ni proyectos que los inspiren, ceden no sólo sus resortes intelectuales, sino también los éticos. Sus militantes pierden su motivación y su espíritu de servicio a la causa; caen pronto en el partidismo estrecho, sectario y de personalismos. En estas condiciones, a sus miembros les interesan más las influencias y las querellas internas, olvidan las aspiraciones de la comunidad e ignoran la opinión de la masa de simpatizantes, no militantes, que se sentían interpretados por ellos y que al acompañarlos les daban su dimensión. Así, los partidos dejan de ser instrumentos al servicio del país y de la democracia» (pág. 251).

El nuevo modelo democrático debe hacer realidad el imperio de los derechos humanos, en toda su dimensión. El derecho de asociación, por ejemplo, es uno de ellos, pero la lucha contra la miseria y el hambre es una dimensión irrecusable en este proyecto de democracia integral. Se trata de diseñar una «economía humana», que sea «mixta en su estructura», en la cual el Estado tiene un *rol* específico y al sector privado se le reconoce sus derechos en numerosas y amplias esferas de la actividad económica (pág. 284).

La construcción de esta nueva democracia debe basarse en un «consenso mínimo» entre fuerzas políticas de diversas ideologías. Se requiere una amplia base política y social.

«Decisiva para América Latina sería la existencia de socialismos categóricos en la defensa de la libertad, los que podrían ser interlocutores y asociados con el humanismo cristiano para establecer un consenso básico que asegurara la vigencia del régimen democrático. Nuestras sociedades necesitan acuerdos muy amplios para aprender y enseñar a vivir a nuestros pueblos en el respeto mutuo y hacer posible así la proyección de objetivos esenciales comunes. En estas condiciones es indispensable la coincidencia en ciertos principios de aquellos y otros movimientos políticos, a pesar de las diferencias partidarias que puedan separarlos. Estas coincidencias pueden fundarse en la creencia en el beneficio inapreciable de la libertad; en la común aceptación de una sociedad pluralista y en el rechazo de la que pretende un monolitismo político-social, y en la certidumbre de que la de-

mocracia es un valor en sí y no un recurso táctico para llegar al poder» (pág. 285).

Tal planteamiento amplio y realista, sin sectarios, puede ser un punto de partida para llevar a la práctica un «proyecto histórico» en América Latina. Tal tarea «dependerá de la voluntad y el compromiso moral de quienes lo sostengan y de una noción esclarecida respecto a cuáles deben ser las bases de un consenso que dé a la democracia su verdadera expresión y contenido» (pág. 296).

No serán los regímenes autoritarios los que habrán de avanzar hacia la democracia, pues ellos lo que buscan es perpetuarse en el poder, detrás de regímenes autoritarios institucionalizados bajo la fachada de «democracia protegida» o «democracia autoritaria» (pág. 219). «Ninguna especie de totalitarismo conduce a esa corrección (de la democracia), y menos aún dictaduras que, junto con carecer de doctrinas que las sustentan, pretenden entronizarse indefinidamente en el poder, en vez de buscar una salida democrática a corto plazo» (pág. 222).

Un modelo democrático para América Latina hace imperiosa la unidad regional, o sea, la integración latinoamericana. La unidad de América Latina es clave para su desarrollo político y económico, así como también para sus relaciones con los países industrializados, sean capitalistas o socialistas.

En fin, numerosos son los problemas y aspectos analizados por el ex Presidente Frei. Ellos cobran importancia en estos días oscuros de América Latina. Su mensaje de esperanza es particularmente valioso viniendo de alguien que ha tenido una larga y no controvertida vida política. Precisamente el colapso de la democracia chilena ha resaltado aún más la importancia histórica del proyecto político que el Partido Demócrata Cristiano y el Presidente Frei pusieran en marcha en Chile entre 1964 y 1970. Un proceso de cambio por etapas y acumulativo, tratando de evitar la confrontación y el antagonismo suicida, es un planteamiento que adquiere actualidad. Esa actualidad, dentro del pensamiento de Frei, no puede ceder a sus principios centrales: el cambio y el progreso, la justicia social y la participación popular. En una palabra, un proceso de democratización reformista y no conservador, que mire al futuro y no al pasado, que eluda las divisiones del pasado y que busque unir a la mayor cantidad de sectores sociales. Es decir, un proyecto que se implementa en un partido de vanguardia, más que en un partido entendido como centro, que puede ver su labor política trabada por las presiones de ambos extremos.

El libro del ex Presidente Frei es una contribución importante en esta larga y tal vez dura tarea de democratización en América Latina, que

RECENSIONES

merece ser leída atentamente por quienes comparten o no los fundamentos doctrinarios del autor y cualquiera sean los juicios políticos que se tengan sobre el PDC y el gobierno del Presidente Frei. Pues, como Frei lo recuerda, tal tarea corresponde al pueblo de Chile y a sus futuros historiadores.

Carlos Huneeus

